La conjura

Novela corta en tres actos

Herbert Incer Moraga

Herbert Incer Moraga
Novela corta en tres actos /La conjura
Managua, Abril 2024
75p

1.LITERATURA NICARAGÜENSE

© Herbert Incer Moraga

Titulo La conjura

Primera edición: Abril 2024
Cuidado de la edición: Herbert Incer
Diagramación Juan Gutierrez
Diseño de Portada: Herbert Incer

Impreso: Gutemberg Impresiones
impresionesgutenberg@hotmail.com
(505) 8257-8694
Managua, Nicaragua

Índice

Dedicatoria 5

Primer acto. 4 de abril 1954
Adolfo Báez Bone y Pablo Leal.....7

Finca La California, 2 de abril de 1954 9

Segundo acto. El dolor de mi patria
Adolfo Alfaro y Guillermo Duarte 39

San Salvador, abril de 1956 41

Tercer acto. Rigoberto y Somoza
21 de septiembre 1956.....49

León, septiembre de 1956 51

Dedicatoria

A Rodolfo Amador Gallego y Tobías Gadea.
In memoriam

Primer acto

4 de abril 1954

Adolfo Báez Bone y Pablo Leal

Finca La California, 2 de abril de 1954

Muchachos… Hay malas noticias…¡Qué desgracia!

El tono de voz y el rostro demudado de Pablo Leal reflejaban preocupación, desencanto y frustración por la noticia. Con amargura informa a sus compañeros que a última hora ha desistido de su participación el hombre que había prometido el mayor aporte y sin el cual el plan se derrumba.

En la finca *La California*, entre Diriamba y Managua, estaban reunidos unos cincuenta hombres jóvenes a la espera de la orden ¡Adelante!

Con el rostro crispado y voz trémula Leal continuó:

--Se cancela el asalto a la Loma de Tiscapa planeado para el domingo; el trabajo de once meses se vino abajo, pero debemos hacer algo, cruzarnos de brazos sería defraudar al pueblo y a quienes nos apoyan y un golpe a la moral opositora. Tendremos que plantearnos de inmediato otras opciones.

--Se me ocurre una embosca, esa puede ser una buena alternativa-- propuso con firmeza Adolfo Báez Bone.

Adolfo Báez Bone había comenzado sus estudios en la Academia Militar Politécnica de Guatemala, cadete sobresaliente continuó en la Academia Militar de Nicaragua. Muchos se sorprendían por sus claras ideas de cómo debía ser gobernada Nicaragua, eso le valió el malintencionado calificativo de *filocomunista* y la expulsión de la Guardia.

El jefe de la conjura era Pablo Leal, de una complexión y altura física superiores a la común, era tan grande que le llamaban *Pablito*. Y su estatura moral también era de altura. Era el jefe por su dinamismo y también porque era un referente moral.

Nicaragua, desde su independencia, siempre ha vivido en ebullición y en el primer trimestre de 1947 la efervescencia había caldeado los ánimos: la población denunciaba y protestaba el robo de las elecciones; Somoza García, avezado en triquiñuelas, descaradamente había cambiado el resultado adjudicándole a su candidato Leonardo Argüello los votos ganados por Enoc Aguado, candidato de la oposición. Argüello Barreto siempre había

sido identificado como político incondicional a Somoza. Tomó posesión el 1 de mayo de 1947.

Tres o cuatro días después convocó a su despacho a un grupo de jóvenes militares, a los de mayor prestigio.

--Seguramente todos escucharon mi discurso el día de la toma de posesión. Advertí que yo seré un presidente diferente a mis antecesores porque haré cambios radicales, restableceré la democracia. En el discurso enfaticé mi deseo vehemente de poner punto final al ejercicio de la fuerza. El cambio más urgente y delicado se refiere a la Guardia Nacional, a la que ustedes honrosamente pertenecen, de dicho cambio se derivan los demás.

--¿Qué cambios, señor presidente?

--A eso voy. Los cambios necesarios para que la Guardia se prestigie y recupere su honor. Hoy, y bien lo saben ustedes, toda la generación fundadora se ha ensuciado, la corrupción campea especialmente entre mayores, coroneles y generales, en mi lista los tengo con nombres y apellidos; también son señalados y repudiados por los abusos contra la población civil y el enriquecimiento sin escrúpulos. La Guardia hoy es una vergüenza.

--Señor presidente, con todo respeto ¿no está exagerando?

--Hablo en plural y supongo que me entienden. Me consta que hay excepciones y ustedes forman parte de la minoría de oficiales honesto, son la reserva moral de la Guardia Nacional y, precisamente por esta condición que los distingue, hoy los he convocado para pedirles que me apoyan en la limpieza de la Guardia, para que todos sus miembros se sientan orgullosos de pertenecer al cuerpo armado y devolverle a vuestra institución el prestigio que merece.

--En concreto ¿qué piensa hacer?

--Reorganizarla, repito, con el apoyo de ustedes, que también son los más talentosos. Ustedes y yo sabemos que mi estimado amigo el General Somoza es reacio al cambio y, consecuentemente, he decidido nombrarlo embajador en Washington y trasladar a mi ahijado Tachito a León como comandante departamental, seguramente le agradará porque se sentirá nuevamente en familia, los Debayle son leoneses.

Los oficiales presentes opinaban alternándose la palabra. Iba de sorpresa en sorpresa por los planes del presidente correligionario de Somoza.

--¿Piensa quitarle al Jefe el cargo de Director de la Guardia y mandarlo al extranjero? Veo muy peligrosa esa jugada. Se opondrá. Con todo el respeto que usted nos merece me permito sugerirle que la piense dos veces antes de dar ese paso.

--No pierdan de vista que según nuestra Constitución el jefe del Ejército es el presidente, o sea, yo. Por tanto, estoy actuando en ese marco, absolutamente legal y constitucional. Jamás les pediría a ustedes el apoyo para algo ilegal. Ningún cambio importante es fácil. Repito, yo, como presidente, soy la autoridad superior del país, facultado por la ley a implementar mi programa de gobierno; reestructurar la Guardia es parte de mi programa.

La conversación se prologó algún tiempo más. El presidente Argüello les pidió que salieran unos minutos del despacho y deliberaran sobre su propuesta.

El anuncio de la decisión del presidente y la solicitud de apoyo conmocionó a los jóvenes oficiales porque todos tenían grabado en su

consciencia el lema de la Academia, *Semper fidelis*. Ninguno de los oficiales esperaba que el cambio fuese fácil o posible, más bien estuvieron conscientes de las dificultades y peligros que implicaba; conocían perfectamente a un Somoza duro, aferrado al poder y al mando, que exigía disciplina y lealtad inquebrantables; aunque también estaban claros que el presidente tenía razón sobre la urgente necesidad de dicho cambio. Somoza conducía a la Guardia por mal camino; irrespetaba el escalafón para los ascensos, se hacía la vista gorda con los abusos cada vez más notorios y descarados y favorecía a los viejos generales nombrándolos en aquellos cargos que permitían ingresos ilegales, en realidad todos los de rango superior se habían vuelto hombres ricos, en cambio, la oficialidad joven quedaba marginada y con frecuencia irrespetada. Por añadidura, estaba a la vista que la represión era cada día más violenta, prueba de ello era cómo la Guardia había usado la fuerza para disolver las manifestaciones universitarias y sindicales tres años atrás; por ello resultaba esperanzador el anuncio del presidente en el discurso inaugural: "pondré punto final al ejercicio de la fuerza". También los jóvenes oficiales coincidieron en que Somoza manoseaba la Constitución a su conveniencia. Las denuncias del diario

La Prensa eran verídicas y los señalamientos del partido conservador justos. Sin embargo, lo que el presidente se proponía era inaudito y temerario y más aún, los había convocado instándolos a participar y apoyar la peligrosa aventura.

La convocatoria del presidente los ponía en un grave dilema y en un problema de consciencia. Actuar al margen de Somoza era peligroso en extremo. El propósito de este cambio (en sí positivo) y la solicitud de apoyo les obligó moralmente a tomar una decisión: *Semper fidelis*, pero ¿fidelidad y lealtad a quién? Discutieron y unánimemente concluyeron que la fidelidad era a la nación por encima de fidelidad a una de sus instituciones; la lealtad de los militares responsables y honestos debía de ser primero a la Constitución, así les habían enseñado, así lo habían jurado. Racionalizaron argumentando que si el presidente, amigo y protegido del General Somoza a quien le debía la presidencia, se proponía cambios era porque actuaba en coordinación con el Jefe Director, consecuentemente no habría deslealtad si apoyaban los cambios que proponía el señor presidente, es más, era una obligación moral hacerlo. Cuando el presidente Argüello les advirtió que el General no aceptaría de buen grado, interpretaron que se refería a la

profundidad de las reformas, no a ellas *per se*. Decidieron apoyar al presidente Argüello.

Al despedirse, el presidente de 72 años estrechó la mano de cada uno de los oficiales, sonriente y cordial, les preguntaba:

--¿Cuento con su apoyo?

--Sí señor presidente. Cuente con nosotros.

Algunas señales alertaron a Somoza (en su discurso inaugural con él presente en la toma de posesión, el presidente, con imprudencia y un tanto desafiante esbozó sus intenciones). Como el General tenía el control de las comunicaciones, estaba tanto de cuáles oficiales habían sido citados por el presidente y quiénes le habían enviado telegramas de felicitación. Somoza, intranquilo, preocupado y furioso, le visitó para exigirle explicaciones. El ensoberbecido presidente se las cantó claro y casi a gritos le advirtió: Usted y su hijo serán removidos y si no le parece solicíteme su baja. Ese fue el final de la violenta conversación entre el presidente y el jefe del Ejército. Solo faltó llegar a los puños.

El General Somoza giró orden de captura contra la veintena de oficiales que habían prometido apoyo a Argüello o que simplemente le habían

enviado telegramas de felicitación sin su autorización. Algunos lograron huir, otros fueron capturados, torturados, dados de baja deshonrosamente y desterrados. Ser honesto y actuar consecuentemente fue la perdición de los militares pensantes y honrados. Somoza no toleraba veleidades ni de sus amigos ni de los miembros de la Guardia Nacional.

Argüello llevaba veinticinco días en el solio presidencial. Somoza llamó a media noche al presidente del congreso ordenando que inmediatamente destituyeran a Leonardo Arguello.

--¿Qué vamos argumentar para destituirlo?

--Que está loco.

--En la sesión de mañana a las 9 pondré en el orden del día ese punto para discutirlo.

--No. ¡Ya! Inmediatamente y sin discusión.

--General, así lo haremos, pero, con todo respeto, ahorita no se puede, van a dar las doce de la noche.

--Convoque de inmediato a los diputados y antes de que amanezca quiero que ese malagradecido

no sea el presidente. Si no precede así, cuidado que también usted corre la misma suerte.

Reunidos de madrugada del 26 de mayo de 1947 el Congreso Nacional resolvió: *Separar definitivamente del cargo de Presidente de la República al Doctor Leonardo Argüello Barreto por considerar que sus actos demuestran incapacidad mental* y *por provocar la división de la fuerza armada.*

Desde las primeras horas de la mañana del 26 de mayo de 1947 por todo Managua se desplazaban tropas de la Guardia, jeeps con armas de guerra, tanques parapetados en las esquinas y tanquetas recorriendo los puntos álgidos de la capital.

Amigos del cuerpo diplomático llevaron a la embajada de México al *presidente de los veintiséis días*.

★★★

Los expulsados de la Guardia y muchos otros obligados al exilio aunaron esfuerzos para organizarse en el extranjero con el propósito de echar del poder al poderoso Somoza García. La única forma posible era mediante la fuerza. Pablito Leal y el ex capitán Adolfo Báez Bone eran los líderes. Ellos y otros militares dados de baja por razones políticas urdieron minuciosamente el plan. La acción más eficaz y con probabilidades de éxito sería un enfrentamiento *taco a taco* con la Guardia en un solo punto, llegar a las *entrañas del monstruo* y vaciárselas sin piedad. Atacar la madriguera, el Campo de Marte ("cuartel general generalísimo" de la Guardia) y la Casa Presidencial para para derrocar y capturar a Tacho Somoza y, eventualmente, juzgarlos y fusilarlo. El plan global comprendía varias acciones sincronizadas: toma del aeropuerto y radiodifusoras y la central de telégrafos para impedir que los atacados pidieran refuerzos; simultáneamente emprender el enfrentamiento a muerte con el Batallón Blindado (cuyo jefe era *Tachito*, egresado de West Point) y asalto a la Academia Militar, aniquilamiento del Puesto de Mando en Campo de Marte. Realizado lo anterior el segundo paso era el más difícil: avanzar hasta la Casa Presidencial (donde están emplazados cañones) para someter al mandamás. Se estimó

que el número ideal para esta acción subversiva era de trescientos hombres con sus respectivas armas; así, la correlación de fuerza sería de tres contra uno a favor de los rebeldes; por supuesto que no hablaban de las potenciales bajas propias, pero todos estaban claros que las habría y podían ser cuantiosas pues el combate sería sangriento y a muerte; ese no era el problema sino si sería posible disponer de trescientos hombres. Era difícil, pero incluso con doscientos cincuenta tendrían ventajas. Si no aseguraban este mínimo se descartaba la operación. Los estimados se basaban en la información o *inteligencia* suministrado por los militares dentro de la Guardia, partícipes secretos de la conspiración.

Diseñado el plan (concebido desde mayo de 1953) y actualizado contaban prácticamente con todo el material para el asalto, se fijó como fecha de ejecución la primera semana de abril de 1954.

Por tratarse de una operación con fines políticos utilizando medios militares convocaron a los más prominentes opositores instándolos a participar activamente en la conjura. Todos—activos dirigentes de partidos y organizaciones políticas-- estuvieron de acuerdo y dispuestos a tomar las armas. El descontento y repudio

a Somoza hacía fácil el reclutamiento para tan audaz acción. El más visible y poderoso de los opositores, Emiliano Chamorro, ex presidente que años atrás había tomado el poder tanto por las buenas (elecciones) como por las malas (el tristemente célebre *lomazo*), fue el más entusiasta y animador de la conspiración. Ofreció el invaluable apoyo de doscientos hombres armados y municiones para trescientos, se comprometió asegurando, conforme se acordó, que estarían presentes en la Finca *La California* el 1 o el 2 de abril. No llegó nadie, tampoco las municiones. Emiliano Chamorro había fallado. Esa era la mala noticia.

★★★

En la crepuscular tarde del 2 de abril todos comentaban con indignación el desventurado contratiempo y el posible nuevo plan. Además de la emboscada surgieron otras propuestas, había que discutir las opciones. Se decidió que cualquiera que fuese la acción a realizar, quienes no estuvieran de acuerdo estaban en libertad para no participar y retirarse, tampoco era posible armarlos a todos por la pifia (otros dijeron traición) de Emiliano.

--Nuestra situación ahora es grave y tal vez, como propone Adolfo, una emboscada sea la

salida; si funciona, y operativamente puede funcionar, ésta será la forma de terminar con Somoza—propuso Pablito a los cincuenta hombres reunidos en *La California*, no lejos de Managua.

--Somoza acostumbra pasar el fin de semana en su hacienda Montelimar. Pediremos a nuestros compañeros en Campo de Marte que nos confirmen su rutina. Si nos corroboran que irá a Montelimar, vamos de viaje.

--La emboscada es una locura.

--Posponer el ataque a Campo de Marte también es insensatez, no hay posibilidad de éxito, queda descartado para siempre.

--Y también si permanecemos aquí por más de tres o cuatro días nos descubrirán porque cuando se agote la provisión que tenemos habrá que moverse a buscar comida y demás cosas que se necesiten y es muy difícil hacerlo sin que se note.

--En otras palabras, tenemos que tomar decisiones hoy y ejecutarlas mañana, si es posible.

--Así es. Cualquier cosa, menos cruzarnos de brazos. Tenemos que abandonar este refugio

mañana o pasado, ¿A dónde iremos? No tenemos dónde ir, sobre todo los que hemos entrado clandestinamente.

--Yo me uno a la propuesta de tender una emboscada.

--Yo también.

--Y yo.

--Pues yo no. Permítanme explicar mis razones como directivo del principal movimiento político…

--Yo no participo. Matar a Somoza en una emboscada es un asesinato. Matarlo en combate es diferente porque…

--Yo tampoco. Tendría que confesarme antes y aquí no tenemos a ningún sacerdote. A ustedes les confieso que soy un gran pecador.

En son burlón:

--Yo te absuelvo hijo mío y, para que no te vayas a chamuscar al infierno, te impongo como penitencia invitarnos a una gran bebedera de guaro cuando triunfemos, !tenés fama de pinche!

Se dividieron las opiniones sobre qué hacer. Era claro que no hubo aceptación general a favor de la emboscada. Se escucharon las diversas objeciones: políticas, religiosas y militares. Se retiraron los que no consideraron viable la emboscada, entre los más connotados Ernesto Cardenal, Emilio Álvarez Montalván, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, Reynaldo Antonio Téfel, Arturo Cruz Porras, Rivas Gasteasoro y veinte más. Quedaron veintitrés decididos a correr el riesgo.

La emboscada requería de tanta preparación como el asalto a Campo de Marte. Conllevaba grandes peligros. Todos lo sabían. Pero el núcleo organizador del asalto los desestimó basando la decisión en que ninguna estrategia es perfecta y solo el triunfo justifica los errores o improvisaciones. La experiencia hablaba por sí misma: contra toda previsión y malos augurios, los riesgos mayores para el asalto a Campo de Marte habían sido superados: el traslado de armas desde México hasta el Gran Lago, el transporte de las mismas por las calles de Managua y tampoco hubo filtraciones a pesar de la participación de militares en ejercicio y de políticos parlanchines.

--Si la información se confirma procederemos.

La *célula de inteligencia* (oficiales en ejercicio participantes secretos en la confabulación) confirmó la rutina del General para el domingo 4 de abril; saldría de Managua alrededor de las nueve de la mañana.

La madrugada del viernes 2 de abril Adolfo Báez Bone, Pablo Leal, Rafael Praslin y el ex coronel Rivas Montes tomaron el jeep que tenían a su disposición y se dirigieron al Crucero a reconocer el terreno y seleccionar el lugar de la emboscada.

De regreso, Ribas Montes advirtió a todo el grupo: debemos prepararnos para actuar con sumo cuidado, siempre se corre peligro en cualquier intento de matar al presidente, suele caminar muy protegido. Tacho viajará hasta pasado mañana domingo. Por suerte conozco perfectamente el camino, lo acompañé muchas veces. Hoy en la noche les diré como vamos a organizarnos. Apeguémonos a las tácticas de emboscadas y encomendémonos a Dios, así todo saldrá bien.

Detrás de la gran casa-hacienda de La California hay un pequeño corral desde donde se sale hacia un cafetal de diez manzanas. Aprovechando que aún no había entrado la

noche, que por cierto era con luna llena, el jefe ordenó dirigirse al monte para enseñar cómo debían actuar el domingo.

--El punto de ataque será en una de las curvas en la carretera a San Rafael del sur, a unos dos kilómetros del Crucero. Nos dividiremos en varios grupos. El lugar escogido al lado izquierdo está en alto, tiene aproximadamente unos siete metros de altura, imposible detectar presencia desde la carretera, ideal para emboscar. El lado derecho tiene menos altura, tal vez unos cuatro metros y unos veinte metros de superficie, después comienza a declinar, se convierte en una pendiente suave, un pequeño barranco; ambos lados tienen la ventaja de estar cubiertos de arbustos, lo cual permite ocultarse sin que nos descubran los transeúntes ni la aviación. ¿Cuántos y quiénes en cada grupo? Eso va a depender de la clase de armas que disponemos y utilizaremos. Cada grupo, con no más de seis hombres, será identificado con letras griegas: alfa, beta, gamma y delta. En la parte alta de la curva vamos a estar los que dispararemos primero contra la limusina presidencial. Una curva es lo mejor para emboscar, pero también tiene desventajas: pierdes rápidamente al objetivo porque el ángulo de tiro no permite seguir el blanco. Este inconveniente se supera con el ataque de los que estarán más adelante

en la parte derecha. Después del primer balazo todos dispararán, lluvia de balas, excepto Umaña, Praslín y Alfaro que reservarán sus municiones para cubrir la retirada. Saldremos de aquí mañana a las cuatro de la madrugada para evitar que nos vean; en El Crucero hay mucha gente caminando en la única calle que tiene. Estamos a unos quince minutos del punto. Se harán dos viajes en los dos jeeps Willis con seis en cada vehículo. En Managua, el parque Las Piedrecitas es ruta obligada para el presidente. Pondremos una posta allí para que nos confirme que el hombre viene en camino. Moncho tendrá esa misión porque está medio enfermo, anda acatarrado, anoche le dio calentura; además, tiene cuatro hijos, más hijos que ninguno de nosotros, ¿de acuerdo Moncho? Magnífico. Vas tomar el primer bus que pase, te bajas en el parque y por teléfono nos avisás, te daré el número, busca el teléfono público, le ponés un chelín y llamás. En una casa del Crucero, justamente frente donde se bifurca la carretera hacia Diriamba y hacia el mar recibirá la llamada un colaborador de confianza y cuando le confirmes que ya viene en camino él disparará un cohete fiestero. En ese momento debemos prepararnos, tener las armas bala en boca y dominar los nervios pues en unos veinte minutos Somoza estará en el lugar que morirá, suele desplazarse a alta velocidad.

Recuerden que poner una emboscada supone mucha paciencia, horas y horas de espera en absoluto silencio y sin moverse.

Rivas Monte continuó con su exposición propedéutica. Ya había anochecido cuando regresaron a cenar.

Después de la frugal cena surgió la discusión sobre lo que sucedería después de dar muerte al dictador.

--La UNAP formará el nuevo gobierno, ya lo hemos platicado con ellos. En la UNAP están los hombres mejor preparados y honestos. Exigiremos que sean ellos. Además, tenemos suficientes oficiales, especialmente tenientes y capitanes, descontentos con Somoza y nos han manifestado que apoyarán el nuevo gobierno.

En la madrugada del domingo 4 de abril los veintitrés hombres tomaron posesión en los lugares seleccionados, unos a la izquierda y otros a derecha, en espera de la caravana presidencial.

Ha pasado suficiente tiempo. Báez Bone y Leal, apostados en lo alto de la curva, miran sus relojes, marcan las 10.20. Todos los tendidos a lo largo de un kilómetro en la ruta, agazapados, han esperado el encuentro contra Somoza por

más de seis horas con disciplina, inmóviles y silenciosos; sin embargo, aún el colaborador sigue sin lanzar el cohete fiestero de alerta.

Son casi las once cuando se escucha el ruido de vehículos que se acercan. Llegó el momento. Los nervios se tensan, aclaran los ojos para acercarlos a la mirilla de sus respectivas armas listos para romper los fuegos contra la caravana presidencial. El primer grupo ubicado en la parte alta de la curva tiene la misión de disparar primero; los seis armados con carabinas M-1 y separados por un metro de distancia, cada uno porta tres magacines con diez balas. Son los del grupo Alfa: Adolfo Báez Bone, su hermano Luis Felipe y Pablo Leal. Rafael Praslín, Manrique Umaña y Agustín Alfaro son la reserva para auxiliar ante cualquier imprevisto y cubrir la retirada. El ronco ruido de los motores resulta sospechoso a los Alfa. Efectivamente, ven pasar un camión con tropas de combate. Esa fue la primera mala señal. Movilizar tropas de combate no era usual en los desplazamientos de Somoza.

El camión se detiene y los soldados al mando de un oficial bajan presurosos y nerviosos. Los emboscadores ven llegar un segundo camión con unos treinta guardias con rostros crispados,

e igual que el primero, bajan y corren a ambos lados de la carretera con los fusiles en ristre en búsqueda de enemigos.

Y la limusina con Somoza no aparece.

Al ver bajar de los camiones a medio centenar de guardias y esparcirse en los alrededores, Pablito se percata con estupor que algún error imprevisto lo ha echado a perder todo. No había dudas, la Guardia fue alertada y aquí estaba en el papel de galgos en cacería. Nada produce más desasosiego, en un momento de vida o muerte, que darte cuenta que ha tenido lugar un imprevisto fatal. Te desconciertas al advertir que se ha roto el orden dispuesto cuidadosamente para ejecutar las acciones prefiguradas y planificadas. Ya estás en desventaja.

¿No pasará Somoza y entonces la emboscada para matarlo no podrá llevarse a cabo? ¿Quién nos habrá traicionado, Moncho, el hombre del cohete o alguno de los que se retiraran por no estar de acuerdo con la emboscada?

Moncho, el hombre que daría el primer aviso, desde las 7 de la mañana se paseaba ojo al Cristo en el parque Las Piedrecitas. Sintió que le había entrado la fiebre del paludismo que lo había tumbado las dos últimas noches en La

California. Su papel en la conjura era el menos peligroso: debía tomar un teléfono público al comprobar que la caravana presidencial iba por el rumbo previsto, marcar un número y decir "Pretérito perfecto", colgar e irse a su casa. Pero a medida que pasaba el tiempo ese hombre creyó que su papel era el más peligroso. Se puso nervioso, impaciente y desesperado, estaba muerto de miedo. Como el séquito presidencial tardaba, en su mente perturbada por el miedo, quizás por la fiebre, imaginó que el atentado había sido descubierto y él aparecería en la lista de los buscados y perseguidos por el complot (Somoza retrasó su viaje a Montelimar porque antes quiso ir a *La Calera* a ver unos caballos de carrera que el dictador argentino Juan Domingo Perón le había obsequiado y llegaron ese mañana). En esta situación, Moncho prefirió entregarse en vez de iniciar la inútil huida sin rumbo. Se acercó al policía que rutinariamente rondaba el lugar para evitar robos y que ni siquiera había reparado en su presencia. Hizo lo inimaginable y absurdo. Le informó al desprevenido policía que en la fracasada emboscada de esa mañana contra Somoza él era uno de los participantes que intentaba matar al presidente. El policía, entre asustado y sorprendido escuchó la increíble confesión. El guardia informó inmediatamente a sus superiores, mientras llegaban a llevárselo

lo encañonó todo el tiempo. Moncho temblaba y lloraba. Llegó una patrulla. Interrogado bajo tortura rápidamente informó de todo: lugar de la emboscada y quiénes eran los participantes.

-- Es una gran paseada y yo soy el responsable por haber propuesto la emboscada, lo pagaré con mi vida-- dice Adolfo Báez Bone a su hermano Luis Felipe y a Pablito que están situados a su lado.

--No es así la cosa hermano, le consuela Luis Felipe, todos estuvimos de acuerdo firmemente y dimos ideas y detalles sobre cómo realizarla. No le busquemos tres pies al gato... Bien lo sabemos: en la lucha por la libertad y la democracia se triunfa o se muere. Quizás hoy nos toque lo peor. Es la hora de aceptar la irremediable realidad y enfrentarse para sobrevivir o morir.

--Como militares profesionales nos hemos preparado todo el tiempo para el momento del combate. Esa es la esencia de nuestra profesión, nos enseñaron a combatir para triunfar o a morir con dignidad.

Báez Bone, Agustín Alfaro y Manrique Umaña eran egresados de la Academia Militar.

--El poeta que nos acompañó hasta el viernes dijo: pronto seremos héroes o mártires. Todo mártir es digno y todo héroe debe ser humilde.

--Si hoy no muere Somoza, y todo indica que no está en la raya, no significa que nuestro esfuerzo será inútil, estoy absolutamente seguro que más temprano que tarde otros completarán nuestra misión.

--También yo estoy convencido que Somoza no va a morir en su cama, las tiene que pagar. Otros le darán muerte para que nazca un gobierno decente.

--Digamos que lo de hoy sólo ha sido una advertencia. O la lectura de la sentencia contra el dictador. Será otro el que la ejecutará, por ahí debe de andar.

Los guardias reciben órdenes de dirigirse al lado derecho de la carretera.

--Se está acercando un par de guardias. ¡Fuego!

Los seis situados en el lado alto de la curva, los Alfa, disparan contra los guardias que van en busca de sus compañeros. Caen dos, tres… Y los apostados a la derecha, el grupo Beta, disparan con escopetas, eliminan también a tres más.

Pero los de arriba al atacar a los guardias han revelado sus posiciones y el capitán ordena ir en su búsqueda. Suben por el lado de la carretera del Crucero. Suenan los disparos de fusil Garand, el arma de combate de la Guardia.

El sonido del Garand es espeluznante, ensordecedor, aterrador, mortífero, la bala da en el blanco y el eco sonoro y macabro continua, como si persiguiera otra víctima. El sonido de las M-1 es corto, fino, su eco breve como un hilo flotando en el espacio.

El grupo Alfa es rodeado. Rafael Praslín y Agustín Alfaro disparan en ráfagas al grupo de cuatros guardias que van contra ellos. Se enfrentan. Seis contra quince. Praslin y Alfaro son heridos mortalmente. Umaña aún no ha sido herido. A los otros cuatro del grupo Alfa lo protege una *burra de monte* que dificulta la visibilidad a los guardias.

Abajo, en la curva se detienen dos nuevos camiones cada uno con treinta soldados de las tropas de combate. El resto de grupos, Beta, Delta y Gamma atacan. Con la llegada de sesenta más la situación de los rebeldes se vuelve insostenible. Han sido cercados. Deciden romper el cerco y retirarse. Se deslizan por las peligrosas laderas del guindo.

El grupo consigue llegar a la parte plana. Se reagrupan. Acuerdan proseguir en dirección a los cafetales diriambinos. Un camión adicional trae otros treinta guardias. El capitán ordena la persecución y también se deslizan en el barranco, algunos ruedan guindo abajo.

Mientras tanto los treinta guardias bajo la dirección de un capitán se acercan más al nido desde el cual les han disparado los cuatro sobrevivientes del grupo Alfa. Están a unos veinte metros.

--¡Volémosles pija!

Leal y los hermanos Báez Bone vuelan pija y les vuelan pija. No pueden neutralizar el superior volumen de fuego de sus enemigos.

-*Ríndanse y les respetaremos la vida*, les grita el capitán que dirige el pelotón.

--¡Qué cínicos! Habrase visto semejante descaro, ¡respetarán nuestras vidas!

Continua el intercambio de disparos.

Los conjurados se han quedado sin municiones y dos de ellos están fuera de combate. Capturan a los seis. Los montan violentamente en un camión, son llevados a la Loma de Tiscapa.

Se burlan de ellos y les gritan ¡traidores! Comienza el interrogatorio, siguen las torturas de castigo y terminan con el asesinato. El periódico oficialista *Novedades* con el titular "Muertos en combate" muestra los cuerpos sin vida de Adolfo y Luis Felipe Báez Bone, Pablo Leal, Rafael Praslin, Agustín Alfaro y Manrique Umaña.

Abajo, la persecución continua implacable y el cerco se estrecha. Capturan a los del grupo Delta: Luis Gabuardi, Francisco Caldera, Juan Luis Traña, Armando Baena y José María Tercero; los atan de pie y manos, los revientan a patadas y finalmente, acostados boca abajo, les disparan. "Muertos en combate", repite *Novedades*.

La persecución es sin tregua, ciento ochenta efectivos de la Guardia saturaron la zona, tomaron todas las rutas de posible escape y amenazaron a los dueños de las pocas viviendas para que no auxiliasen a los rebeldes.

Una semana después en los cafetales cercanos a *Las cuatro esquinas* encuentran los cadáveres calcinados de los integrantes del grupo Beta, Juan Martínez Reyes, Edgar Gutiérrez, Octaviano Morazán y Antonio Velázquez. Y más tarde, en estado de descomposición, son

desenterrados por sus familiares los cadáveres de los miembros del grupo Gamma, Amadeo Soler, Juan Ruiz, Francisco Granillo, Carlos Ulises Gómez y Adolfo Zamora. En sus cuerpos hay señales de las palizas recibidas y en sus pechos se distinguían las enormes perforaciones de balas de rifles Garand. Fueron asesinados y mal enterrados. Otros tres son encontrados muertos en un cafetal cercano al Instituto Pedagógico.

Una decena de militares que colaboraban desde dentro logran salir del país clandestinamente o asilarse en las diversas embajadas. Lo mismo hacen los tenientes Manuel Rivas Gómez y Guillermo Duarte de la *cédula de información*. Casi a finales de abril el joven Coronel Manuel Ribas Montes y Luis Morales Palacios son capturados. Sometidos a juicio los condenan a veinte años. Después son asesinados. "Trataron de escaparse", fue la explicación oficial.

Todos los conjurados del 4 de abril de 1954, participantes en la emboscada para matar al presidente Somoza García, habían sido asesinados [1]. Tacho Somoza no andaba con

[1]. Un 4 de abril, durante el gobierno de doña Violeta Barrios de Chamorro, en la Loma de Tiscapa fue develado por la señora presidente un monumento en conmemoración y homenaje a los caídos del 4 de abril de 1954. En la placa figuran los nombres de todos los asesinados, mencionados en este relato.

contemplaciones. Una vez más se había salido con la suya. El 1 de mayo, en el Casino Militar se celebró la masacre de los conjurados con abundante Johnnie Walker y Old Parr.

Segundo acto

El dolor de mi patria

Adolfo Alfaro y Guillermo Duarte

San Salvador, abril de 1956

El 4 de abril de 1956 ex miembros de la Guardia perseguidos por el régimen de Somoza, exiliados en El Salvador, invitaron a la colonia nicaragüense a una reunión política en conmemoración del martirologio de dos años atrás.

El ex capitán Adolfo Alfaro preside la reunión. Los asistentes opinan con amargura sobre la situación política de Nicaragua: Somoza se ha fortalecido, los intentos fallidos por derrocarlo lo han consolidado, se hace llamar *el huracán de la paz*, tiene reconocimiento internacional, el Departamento de Estado lo pone como ejemplo de presidente demócrata y eficaz anticomunista. No hay esperanzas de cambio, sus incondicionales trabajan para hacer realidad el slogan *Somoza for ever*. En Nicaragua 1956 es año electoral.

El ex teniente Guillermo Duarte se queja por considerar que Nicaragua está en un callejón sin salida. *Nicaragua tu nombre debería ser Malpaisillo*, exclama indignado. Es la forma de expresar su frustración y la de todos los asistentes por el triste destino de Nicaragua, gobernada como una colonia por un sonriente

y cínico virrey que no tiene escrúpulos en ordenar torturas y masacres.

El barullo crece en la sala de la casa. El ambiente de camaradería relaja la frustración política y mitiga la amargura del exilio. La reunión política se convierte en un alegre convivio. Alguien pide un momento de atención. Un tímido asistente solicita unos minutos para leer un par de poemas. Todos callan para escucharlo. El primero, muy breve, es dedicado a una supuesta novia que le ha dado *la quiebra* y el segundo, más extenso, de claro matiz político. Al finalizar la lectura de sus poemas la concurrencia gentilmente aplaude sin hacer ningún comentario. Pero hubo una excepción: el ex capitán Adolfo Alfaro ha escuchado con gran atención. A la hora de las despedidas le pide al joven que aguarde un momento.

El poema político sugería algunas cosas, Alfaro quería auscultarlo.

El declamador creyó que le informaría de algún trabajo, en esos días estaba desempleado en San Salvador, donde residía. Alfaro elogió sus versos solicitándole el papel con los poemas porque quería leerlos detenidamente. El poeta le extendió la hoja de papel. Alfaro leyó:

Yo tengo el dolor de toda mi patria
y en mis venas anda un héroe buscando la libertad.
Las flores de mis días siempre estarán marchitas
si la sangre del tirano está en sus venas.
Yo estoy buscando el pez de la libertad
en la muerte del tirano.
Rigoberto López Pérez.

-- ¿Rigoberto? Buenos poemas. Muy bueno. Muy bueno. Te felicito. Yo también soy poeta y me gustaría que regresaras, nos tomamos unos traguitos y platicamos de poesía y de política para que se te quite *el dolor de toda mi patria.*

Llegó días después y no hablaron de poesía sino de política. Rigoberto se había hecho eco de las lamentaciones originadas en la frustración de todos por el fracaso hasta la fecha de cuantos intentos se hicieron para terminar con Somoza. Alfaro quiso desvanecer su pesimismo, pero su verdadera intención al pedirle que lo visitara

era sondear la posibilidad de encontrar en él al hombre que los exiliados radicales buscaban desde hacía tiempo.

--¿Por qué se ha fallado siempre? Preguntó el poeta.

--Lo que pasa es que ya hemos intentado con los medios tradicionales, no han funcionado y siempre nos ha ido mal. Nuestras fuerzas siempre han sido inferiores a las del enemigo y no hay posibilidades de que podamos cambiar esa desventaja. Habrá que probar otros métodos.

--Capitán, usted conoce bien lo del 4 de abril, ese día cayó heroicamente su hermano Agustín. Todo parecía indicar que, por fin, se lograría. Hubo muchos muertos y por la cantidad de presos a raíz de ese intento puede deducirse que disponían de todo: hombres, armas, apoyo político ¿qué pasó?

--Hubo traición. En varias ocasiones, por miedo o ambición, nuestros mismos compañeros nos han traicionado y este es un riesgo que corremos en cualquier intento que queramos hacer en adelante.

--Si la inacción se basa en el temor de una posible delación ¿por qué no se evita planeando un complot con poca gente?

-- Claro. Todos estamos de acuerdo en lo que acabas de decir, tanto los que estamos en el exilio como los verdaderos opositores en Nicaragua. Coincidimos en la conveniencia de otro tipo de operación, algo más directo y que no involucre a mucha gente. Esta situación ya la hemos discutido y hemos llegado a la conclusión de que la única manera de terminar con Somoza es buscar el momento oportuno para que un solo hombre, con el apoyo de unos pocos, lo acribillen a balazos.

--¿Y qué esperan? ¿Por qué no se hace así?

--Para hacerlo se necesita un hombre de verdad, con los huevos bien puestos. No lo hemos encontrado, hay mucha cobardía…

--Por favor no hable de cobardía, el valor lo han demostrado muchos nicaragüenses en esta lucha, desde Sandino; muchos han corrido riesgos hasta la muerte …en mi caso particular, y no es por jactancia que lo digo, yo siempre he andado tomando parte en todo lo que se refiere a atacar al régimen funesto de nuestra patria, puede preguntar en León. Estoy dispuesto a continuar…

Rigoberto hablaba con excitación, alzaba la voz y se ponía de pies.

--Mire poeta. No es tan sencillo.

--Entonces ¿qué? ¿Resignarnos a que Somoza muera de cagadera entre veinte o más años? – y en tono más fuertes--La resignación es impotencia y cobardía y ambas cosas son indignas de un buen nicaragüense.

Alfaro estaba gratamente sorprendido por la vehemencia con que Rigoberto hablaba sobre las posibles acciones contra Somoza. Quiso sondear hasta dónde estaba dispuesto este muchacho. Prosiguió:

--El riesgo es enorme y ante la inminencia de la muerte la gente se acobarda, y con razón. No es que considere cobarde a los nicaragüenses ni mucho menos, pero la probabilidad de salir con vida es remota, por decirlo de forma optimista. ¿Quién se arriesga a morir en el intento? No hemos encontrado al hombre dispuesto al sacrificio.

--Tal vez porque no lo han sabido buscar. Allá hay un dicho: *el que busca halla*…Y esa misión sagrada no debe plantearse como un sacrificio sino como un deber y hasta como un honor.

--Siendo realista, nadie da el paso adelante…se aculillan. ¿Quién expone su vida para intentar quitársela a Tacho?

-- Yo. Yo soy ese hombre que ustedes buscan.

Alfaro lo miró fijamente. Benévolamente le sonrió.

--Entonces es en serio lo de tu poema: *Yo estoy buscando el pez de la libertad en la muerte del tirano.*

--Por supuesto. Y agréguele: *Las flores de mis días siempre estarán marchitas si la sangre del tirano está en sus venas.* Para mí, entre el dicho y el hecho no hay ningún trecho.

--Me gustaría que me digas una razón más para ofrecerte a matar a Somoza.

--¿Una? Tengo por lo menos diez, pero se la resumo en una: un patriota siempre debe defender a su patria de su gobierno.

--Bien dicho. Bien resumido. Dejarías de ser poeta.

Continuó la plática. Entre más hablaban sobre futuras acciones magnicidas, Rigoberto se exaltaba y expresaba con mayor convicción su decisión de atentar contra el presidente.

-- Vamos, pues, a matar al tirano. Usted solo. De usted dependerá todo. Si está decidido comenzaremos los preparativos.

--Lo haré para que Nicaragua llegue a ser, o tal vez lo sea por primera vez, nación libre y democrática. Juro por Dios y mi madre que cumpliré para que Nicaragua sea una patria libre, sin afrenta y sin mancha.

Y así, a partir de esa conversación se iniciaron los arreglos, disposiciones y coordinaciones con unos pocos miembros de la oposición interna. Rigoberto recibió clases de tiro en San Salvador. En Nicaragua le suministrarían el arma y las municiones y algún dinero para sus desplazamientos en persecución del tirano. El frente interno le facilitaría información sobre los movimientos del presidente y tomarían medidas para tratar, en lo posible, de que saliera vivo.

Somoza andaba en campaña electoral recorriendo todo el país, lo cual daba oportunidades para el atentado. Había que aprovechar esa constante movilidad. El 21 de septiembre en León sería la gran convención del partido liberal que proclamaría su candidatura una vez más. Tal vez puede ser un buen día. El poeta se trasladó a Nicaragua.

Rigoberto era de León, emigró a El Salvador en busca de trabajo. Tenía 26 años.

Tercer acto

Rigoberto y Somoza

21 de septiembre 1956

León, septiembre de 1956

El poeta llegó a León tres días antes de la proclamación del candidato. En Corinto había comprado un billete de segunda clase en el *Ferrocarril del Pacífico de Nicaragua* que diariamente hacía el recorrido Corinto-Managua.

La locomotora lanzó un bufido bestial y disminuyó la velocidad al acercarse a la estación de León casi al medio día. Decenas de pasajeros bajaron presurosos. En la estación las vendedoras pregonaban, sin respuestas, sus ofertas: *la cosa de horno, aquí va el chancho frito, chingue helado ¿va a querer?, lecheburras llevo lecheburras y turrones, ¿va lustrar pueta?…*

Él también bajó con su pequeña maleta de cartón comprimido. Con irritación observó las paredes del andén cubiertas de afiches con efigies del presidente Somoza. Como si nunca antes hubiese visto fotografías de él se detuvo a contemplarlas con detenimiento.

En la fotografía de propaganda el candidato aparece mofletudo y calvo. Sonriente y mano en alto sostiene un sombrero verde oscuro, igual a los del uniforme de la *National Guard* de Estados Unidos, simula un saludo.

Mató a Sandino, derribó a Sacasa, volteó el resultado de las elecciones que Aguado ganó limpiamente a su ficha Leonardo Argüello y veintiséis días después lo derrocó. Compró a Emiliano para que apañara su siguiente reelección, ordenó la muerte de los rebeldes del 4 de abril, ambicioso insaciable y desvergonzado se lanza a una nueva reelección. Yo pondré fin a esto. Las tiene que pagar.

La parte inferior del afiche mostraba el mensaje propagandístico. "Somoza presidente 1957-1962". Continuó con la vista fija en la leyenda y sentenció en tono de arenga:

Él cree que mangoneará Nicaragua por otros cinco años para completar veinticinco en el poder, mas no sabe que sus días están contados.

Nadie le prestó atención, la frase había caído en el vacío.

Salió de la estación, tomó un coche tirado por un par de cholencos y dio la dirección. El cochero azotaba las ancas de los escuálidos caballos para que aceleraran el trote. Se agolparon los malos recuerdos. También él recibió fajazos en las nalgas cuanto se plantaba y decía que no iría donde el *maitro* Berbis para aprender hacer pantalones. No quería ser sastre sino poeta o político.

Fue todo lo que se les ocurrió, que yo fuera sastre. Es lo arrecho de ser pobre. Si hubiera tenido un padre…aunque no hubiera sido el biológico… sino… el otro. Pero ¡qué vaina! Brillaron por su ausencia. Y para remate, hasta con mi apellido hubo dudas y vacilaciones, que si Meléndez, que si Pérez o, mejor, López, ¿Por qué? Me di cuenta cuando fui a buscar mi partida de nacimiento para el pasaporte. Me pusieron un apellido y después me lo cambiaron. *No entiendo… Mi mamá siempre dijo que quería lo mejor para mí, que fuera sastre. Se imaginaban* "Sastrería El Catrín" de Rigoberto López Pérez. *¡Qué afrenta! Nunca me imaginé haciendo pantalones. Lo mío es la política y la poesía. La Escuela de Comercio fue mejor opción y decisión, al menos aprendí a escribir a máquina y esto me sirvió para ganarme algunos chelines haciendo reportajes para "El Cronista"; a Rafa le gustaba como escribía y me decía que llegaría a ser un buen poeta, y me pagaba bien y prometió que me pagaría mejor. Pero Rafa…Ay, Rafa-rafita*

El 21 de septiembre de 1956 en el *Club Social* de León el presidente Anastasio Somoza García fue proclamado candidato. Su reelección estaba asegurada. El candidato "opositor" había sido seleccionado-comprado por él mediante un "cañonazo de alto calibre", como le gustaba decir cuando compraba a un

político importante. El monto del cañonazo en compensación lo acordaron en secreto Tacho y Emiliano Chamorro.

El júbilo oficialista por la unánime y sabia decisión de confiar el destino de la patria por otros cinco años al actual presidente, el General de División Anastasio Somoza, se cerraría esa noche con una fiesta danzante en la *Casa del Obrero* porque, cómo no, a la campaña había que ponerle acento democrático: el pueblo, los trabajadores, los obreros, festejarían jubilosos el futuro período presidencial del *hombre*. El programa de la noche popular incluía el baile del presidente con la novia del club, hija de obreros, por supuesto. Con ese condescendiente acto nocturno finalizaría el jolgorio de la proclamación.

La invitación a la fiesta era abierta, podían llegar cuantos quisieran, bastaba pagar un boleto de entrada como contribución al financiamiento de la campaña. El óbolo era un gesto simbólico: el Presidente había ordenado que el precio fuera módico.

Era la oportunidad esperada, había llegado el momento. *Hay que darle muerte al tirano.* Ahí estaría para cumplir su misión. Si conseguía entrar y pasar desapercibido no dudaba que lo lograría.

A las 6 de la tarde se bañó en el patio de su casa con agua del barril recogida del aguacero de la madrugada. Seleccionó un pantalón azul oscuro. Colocó entre el ombligo y la pretina del pantalón el revólver Smith & Wesson calibre 38, cañón corto, martillo escondido. Se ciñó el cinturón. Zocó la faja y puso la aguja de la hebilla en el último agujero para asegurarse que el arma no se deslizaría. Tomó la guayabera blanca mangas largas que había colgado en un clavo de la puerta del cuarto. Contrariado notó que el tercer botón estaba deshilachado, por desprenderse. Tuvo la intención de pedirle a su madre que se lo reparara, pero la miró ensimismada escuchando en el radio *Philip* la novela mexicana *Nosotros los pobres*, de gran audiencia en esos tiempos. También tuvo temor que la señora le respondiera, "te das cuenta…si hubieras aprendido sastrería, como tu papa quería. No hiciste caso. Todo se paga en la vida".

Mi papa. ¡Vaya preocupación por mí! Pero sí, todo se paga en la vida.

Terminó de abotonarse.

Dobló el espinazo violentamente para comprobar con esta genuflexión que el revólver estaba sujeto adecuadamente sin

incomodidades para él. De la gaveta de su cómoda tomó cinco cartuchos adicionales rellenados con cianuro de potasio y los guardó en el bolsillo izquierdo. Los cinco en el tambor del revolver eran balas originales, sin alteraciones ni adiciones. Se miró en el espejo, y susurró para sí "me veo bien". Salió *chajineado* de su estrecho dormitorio. Vio el reloj: Ocho y cinco de la noche. "Mamá, voy a una fiesta, no me espere, duérmase que vendré tarde. Pase buenas noches". "Buenas noches. Que te vaya bien. En la mesa del comedor te puse un vaso de avena."

Desde las ocho comenzaron a entrar a la *Casa del Obrero* los empleados públicos: cobradores de la alcaldía, enfermeras, maestras de escuela, trabajadores de las fincas de Somoza, en fin, gente morena.

Una hora después entraría un moreno más. Labios gruesos y sobre ellos un fino bigote arreglado con primor, cabellera tupida ligeramente ondulada, bien peinada con abundante brillantina *Paramí*. Por sus facciones de negroide, comunes entre los leoneses, Rigoberto López Pérez podía pasar por un trompetista cubano de la Sonora Matancera, o por un típico bailador de rumbas y merengues en los *pereques* populares o por un jugador de

béisbol. No se distinguía de otros, su aspecto era el de los demás, no llamaba la atención.

Hay que darle muerte al tirano…las tiene que pagar…tengo que matarlo esta noche…todo se paga en la vida. Todos los esfuerzos han sido inútiles para lograr que Nicaragua vuelva a ser, o quizás por primera vez lo llegue a ser, una patria libre, sin afrenta y sin mancha…Hoy las cosas deben cambiar.

Salió a la calle en dirección al parque. Despacio, sin prisas. Caminó unos veinte metros. Saltó un charco, esa tarde había llovido. Echó una mirada a sus zapatos, estaban impolutos. *Hay que darle muerte al tirano…* Caminó media cuadra. Cuando dobló en la esquina y enrumbó directo hacia la Casa del Obrero afloraron las preocupaciones.

¿Y si fallo? Sería una gran cagada. ¡Cagada de buey leonés!

Agrupaciones de los barrios se encaminaban al local. Él procuró seguirlos a cierta distancia, no quería encontrase con alguien conocido; en el pasado había hecho notorio su antisomocismo y si cualquiera le reconocía podía ser denunciado, entonces todo estaría perdido, pero… *Hay que darle muerte al tirano!*

El salón de la Casa del Obrero comenzó a llenarse con la festiva concurrencia.

¿Y si me matan?

Dentro de su pecho sintió que el corazón le latía con violencia.

Por Dios y mi santa madre que me gustaría salir vivo. Sí, sí.

Sudaba.

¿Iré a salir vivo? Las probabilidades son ínfimas; lo he analizado cien veces, pienso en eso desde que salí de El Salvador. No hay cómo. Por eso nadie se ofreció…

Se detuvo. Sintió el impulso de regresar a su casa. *No, hay que darle muerte al tirano.*

Hay que darle muerte al tirano. El estribillo repetido machaconamente servía para auto animarse.

Yo sí, demostraré que en Nicaragua hay huevos, gente güevona que ama a su pueblo. Lo haré por mi pueblo.

Por primera vez en muchos años sintió deseos de estar cerca de su padre.

Pero más me vale olvidarme de esto, no vaya a ser que por estar pensando en salir vivo vacile en el último minuto. ¡Adelante Rigoberto! ¡A morir matando!…

En ese instante recordó el poemita que había escrito meses antes:

Yo tengo el dolor de toda mi patria

y en mis venas anda un héroe buscando libertad.

Al acercarse al Club miró en todas las direcciones oteando si alguien lo seguía. Nadie. Desde que salió de su casa en las varias cuadras recorridas ningún paisano le saludó.

La algarabía de un grupo de unas quince personas que gritaban "Viva Somoooza" lo sustrajo de sus temores y preocupaciones. Sonrió, supuso que la suerte le favorecía. Se uniría al grupo para entrar sin que los porteros se fijaran específicamente en él ni ser visto por los espías. Le dio a la más gritona los cinco pesos para el pago de la entrada. Logró pasar como todos.

Eran las 8.45. El maestro de ceremonias anunció que estaba por llegar el excelentísimo señor presidente ¡Viva Somoooosa! Todos a coro ¡Viva! ¡Viva Tacho!

Las sirenas de la comitiva presidencial y movimientos precipitados en la cercanía indicaron la llegada del mandatario. Rigoberto tenso y preocupado. Suspiró profundo.

A las nueve en punto hizo su entrada el Presidente rodeado de gente de saco y corbata. Ellos no eran los obreros morenos. Eran los invitados especiales, su comitiva. Se dirigieron al extremo del salón y se sentaron a lo largo de una mesa enflorada. Gritos ¡viva Tacho! ¡Somoza presidente! El Presidente sonrió y saludó agitando su mano derecha. Todos los de su comitiva se sentaron. Poco después un Coronel le sirvió un trago de whisky. Rigoberto miraba fijamente la escena.

Las flores de mis días siempre estarán marchitas

si la sangre del tirano está en sus venas.

Rafael Corrales, su amigo íntimo y director del periódico *El Cronista,* le había obsequiado la publicación de un folletito con diez poemas que tituló *Mis días siempre estarán marchitos,* seleccionados por el propio Rafa.

El salón de baile estaba lleno, tanto que podía desplazarse sin llamar la atención: no sobresalía en altura ni musculatura, en fealdad ni hermosura, era corriente, uno más. Hasta el momento continuaba desapercibido, nadie lo había reconocido ni él reconoció a nadie. Era lo que más temía, ser reconocido, que alguien se acercara a saludarlo. Estaba intranquilo. La impaciencia comenzó a agobiarlo. Se preguntó si todo saldría conforme se había planeado en San Salvador y en León.

No puedo fallar, tal como se ha decidido tengo que ser yo el que inicie el principio del fin de esta tiranía.

Con esa decisión en su mente y en su conciencia quiso acercarse aún más.

Yo estoy buscando el pez de la libertad

en la muerte del tirano.

Se anuncia que el presidente Somoza daría inicio a la fiesta bailando con la Primera Dama Doña Salvadora su bolero preferido *Solamente una vez se ama en la vida.* Todos ensimismados viéndolos bailar y aplaudiendo. Rigoberto en lo suyo.

En la pista no tengo posibilidades de matarlo. Los serviles me lo tapan.

Al finalizar el bolero Somoza extendió el brazo en ademán de invitación para que todos comenzaran a bailar. El salón se llenó de parejas que se esmeraban por hacer gracias ante el General.

Somoza regresó a su sitio de la mesa en el extremo del salón. Continuó conversando con los invitados especiales, los políticos locales, algunos miembros de su gabinete y el comandante de León a su lado. Detrás, media docena de soldados con rifles Garand cubriéndole la espalda.

Allí va a ser, en la mesa. Tengo que apurarme. ¿Cómo me acerco? Si saco a bailar a aquella muchacha me puedo distraer, ella me puede estorbar, peor aún, impedir…tampoco sería muy digno ponerme a bailar antes de ajusticiar al tirano, esta es una operación seria, patriótica…además no soy buen bailarín…lo mío es la política, no las mujeres…yo siempre he andado tomando parte en todo lo que se refiere a atacar al régimen funesto de nuestra patria…

Sudaba. Su transpiración era más copiosa que nunca, pero no se enteraba. Sintió la boca seca, como si la saliva se hubiese convertido en almidón o goma pegajosa. Abrió la boca y movió las quijadas un par de veces.

Llevó su mano a la bragueta para cerciorarse que el revólver estaba fácilmente al alcance. Los nervios lo impulsaron a esta inútil comprobación. Trasmitió el sudor de sus dedos a la cacha de la 38. *Hay que darle muerte al tirano.*

Las desprevenidas parejas se divierten alborozadas, bailan incansables; se cruzan frente a Rigoberto "haciendo cortinas" que estorban la visión. La media docena de escoltas que custodian con los Garand en "posición de descansen" miran atentos en todas las direcciones.

Esos son los peligrosos, los que me pueden impedir que lo mate, los que me pueden matar. Los que me matarán. Por Dios y mi madre que sí, que me gustaría salir vivo para…darme el gusto de saber que la dictadura llegó a su fin. Tal vez hasta iría al entierro del tirano (sonrió). *Salir con vida. Tal vez…¡Sería demasiada suerte!...Quién sabe...A lo mejor…*

La orquesta tocaba una rumba. Era un buen momento para avanzar. Simulando que bailaba y cantaba hizo un giro amplio y dio varios pasos en dirección a la mesa presidencial. El presidente ahora estaba de pie y escuchaba atento al hombre que tenía a su lado. Rigoberto estaba a siete metros de distancia.

Tengo que acercarme un poco más sin llamar la atención.

Un hombre bajo, de aspecto humilde sin ningún problema se acercó al presidente, le tendió la mano y le entregó un regalo artesanal. Somoza sonriente y efusivo le dio las gracias mientras le saludaba agitando su mano.

Me van a matar, pobre mi mamá, va a sufrir. Al menos tengo esa póliza de seguro de 10,000 pesos que ella cobrará si muero. ¿Si muero? En El Salvador los compañeros me advirtieron que la muerte había que darla por segura. Todos opinaban así. Pero aquí en León urdieron ese plan absurdo de querer salvarme apagando las luces, sincronizando la operación para que yo dispare a las 11 y 30, ni un minuto antes ni un minuto después; me aseguraron que se tomarán la planta eléctrica a las 11.30 en punto ¡clic! se fue la luz y "Rigoberto, protegido por la oscuridad escapa sano y salvo" ¡qué disparate! ¡qué locura, qué estupidez! Les dije que no, pero insistieron.

Rigoberto vio su reloj. 11 y 25 minutos.

En teoría en cinco minutos se debe producir el apagón. Ojalá que yo pueda cumplir antes, aunque me sacrifique. ¿Aunque me sacrifique? Nada de sacrificio, habrá sido solo el deber cumplido, el más alto deber como nicaragüense. ¿Yo cochón? Todo el mundo sabrá quién tiene las pelotas más grandes.

A pesar de los altos decibeles de la música Rigoberto escuchó una carcajada del General. Sí, lucía feliz.

No puedo, no debo esperar el apagón, debo ejecutarlo en los próximos 3 minutos…No. ¡Antes!

En ese mismo momento el director de la orquesta anunció que el señor presidente, como despedida y agradecimiento, bailaría el bolero *Sinceridad* con la novia del Club de Obreros.

Ya me jodí, mientras esté bailando con ella no puedo. Ojalá que Edwin, Ausberto y Cornelio no se tomen la subestación para el apagón, ojalá que no, ni que este tiranuelo se marche inmediatamente después de bailar el bolero; si pasa una de las dos cosas habré fracasado miserablemente. Pensarán que me rajé, que no lo hice por cobardía, por pura

cochonería, eso dirán. Así que en cuanto regrese a la mesa le disparo. ¡Adelante Rigobertito!. Hay que darle muerte al tirano.

Mientras Somoza bailaba observó que los soldados encargados de la seguridad tenían, todos, puesta su atención en las gracias del presidente. ¡En verdad baila con gracia! Aprovechó esta distracción de los guardaespaldas para acercarse un poco más a la mesa. Estaba a seis metros frente a la silla del presidente.

En las prácticas de tiro pegué el 80% de los disparos a diez metros. Cualquiera cree que es fácil pegar con un revólver a corta distancia, se equivocan. A seis metros pegué el 90%. Desde aquí no se me escapa.

Rigoberto no estaba consciente que su frente y su espalda sudaban copiosamente. Todos sus sentidos se centraban en el presidente.

Somoza agradeció a la embelesada muchacha haberle concedido el gran honor de bailar con él. Rigoberto no despegó su mirada del presidente. Siguió con la vista sus gestos, sus movimientos, sus pasos. Alzó ligeramente la cabeza, movió los ojos; absorto, no atendía las voces ni escuchaba el ruido del alrededor.

Sudaba. Sin darse cuenta había asumido la pose de un sospechoso; pero esa noche nadie sospechaba nada.

A petición de la alegre concurrencia la orquesta tocó otro mambo de Pérez Prado. Tacho Somoza levantó la vista y con rostro sonriente, movió los hombros y los brazos al ritmo del mambo y alzó sus pies unos centímetros del piso, haciendo como si bailara. De joven tenía fama, bailaba cuantos ritmos había. Pero siete años atrás sufrió una severa infección vesicular sin más opción que extirparle la vesícula biliar afectándole los intestinos de forma tal que no podía defecar por el ano sino a través de un dreno que portaba en secreto absoluto. La bolsa de plástico hacia donde fluían sus heces, permanentemente colgada en el costado derecho, era limpiada caritativamente por un oficial de fidelidad beatífica que tuvo como premio su ascenso a coronel. Esta anomalía en la persona del General de División y Presidente de la República era secreto de Estado, conocido sólo por su esposa, sus hijos y el coronel, que guardó el secreto mientras vivió. El dreno con su colgajo lleno mierda le impedían agitar su cuerpo para bailar ritmos movidos, nada de rumbas o mambos, solo hacía la mueca.

Rigoberto se arriesgó y avanzó un metro más. Todos bailaban el mambo; él también simuló que bailaba y avanzó cautelosamente tres pasos hacia el presidente, se atrevió a dar uno más. Ahora solo lo separaban cuatro metros.

Con sus ojos Rigoberto apuntó con precisión a Somoza, su cerebro era la mirilla, se centró en él. Respiró profundamente y se colocó de frente. Nadie notó nada sospechoso. Durante toda la fiesta fue incesante la gente que llegó hasta la mesa a estrecharle la mano, a entregarle un obsequio. El Presidente, pese a la oposición e irritación del jefe de Seguridad Presidencial, había dado órdenes de permitir que se le acercaran porque *me emociona recibir el cariño del pueblo*.

Pronto se marcharía, quizás en tres, cuatro minutos. Así fue programado y anunciado. Y en cualquier momento sus compañeros producirían el apagón; a esta hora la planta eléctrica debería estar en poder de ellos. Rigoberto sintió un profundo desasosiego. A medida que se acercaba al blanco con extrema cautela la adrenalina afloraba a borbollones.

Somoza inclinó su cabeza hacia doña *Yoya*, quizás para indicarle que era el momento de marcharse.

Había llegado el instante de la verdad. Una invisible hebra separaba el destino de ambos. Rigoberto hasta en ese momento se dio cuenta que el hombre de saco y corbata que estaba al lado del Presidente era el director del periódico local *El Cronista,* su íntimo amigo Rafael Corrales, Rafa. ¡*Me descubrieron!* La vista se le nubló un instante y sintió las manos empapadas en sudor. *Le debe estar hablando de mí, advirtiéndole…*

Rigoberto había trabajado en el periódico y discutía sus poemas y crónicas anti somocistas con el periodista de marras que en ese momento lisonjeaba a Somoza.

¡Qué paseada! Ahí está Rafa, lamiendo culo como siempre…lame culo en todo sentido, si lo sabré yo… *maricón incorregible…¡Por él me descubren a última hora! Encima de maricón ¡soplón!* ¡*Solo esta desgracia faltaba, que por este cochón todo se vaya a la porra*!

Rigoberto se equivocaba. El periodista y antiguo amigo íntimo no había advertido su presencia.

También a él lo voy a joder…todo se paga en la vida… lo borraré para siempre.

Un levísimo sonido metálico lo regresó a la realidad de ejecutar el atentado: el ruido, perceptible solo para él, de las cinco balas envenenadas que llevaba en el bolsillo izquierdo y le habían entregado "por si acaso eran necesarias al huir". Recobró la serenidad.

Rafael, el periodista, extendió las páginas del diario para mostrarle al presidente el cariño con que lo elogiaba y la convicción con que lo defendía de sus enemigos. Somoza parecía leer con interés. Las dos páginas del periódico extendidas taparon la mitad del cuerpo del presidente.

Mejor así.

El escolta del extremo izquierdo que continuamente recorría con los ojos los movimientos de la gente cercana a la mesa presidencial notó, por segunda vez, al hombre nervioso de la guayabera blanca que, inmóvil, mantenía fija su vista en el presidente.

La respiración de Rigoberto cambió de ritmo, el corazón golpeaba aceleradamente su pecho. Empuñó su mano derecha y la sintió mojada de sudor; la escurrió hacia el costado del pantalón para secarla y la subió con disimulo por la bragueta para sentir que el revólver seguía en su sitio. Se limpió el sudor de la frente con el

puño izquierdo de la guayabera; al hacerlo el ruedo de la guayabera subió hasta su cintura y la cacha azulada del Smith-Wesson quedó visible. Pero a esas alturas de nada servía ocultar el arma.

No vaciles Rigoberto, hoy iniciarás el principio del fin de la tiranía somocista. Hoy la gloria será tuya. La gloria será mía. Debo tener huevos y patriotismo para que este sea el principio del fin. ¡Adelante!

Buscó el revólver debajo de la camisa. Sintió seca la boca y húmedo todo su cuerpo. Recordó que sus compañeros en el complot deberían cortar la energía eléctrica en breve, en los próximos segundos; tenía que darse prisa para disparar con el blanco bien iluminado, antes del insensato y absurdo apagón…

Pero no hubo toma de la planta ni hubo apagón.

Innecesario seguir avanzando. Cuatro metros es la distancia segura. A esta distancia no fallaré el disparo… O los disparos. ¿Tendré tiempo y chance de zamparle más de uno?

11 de la noche, 27 minutos y 10 segundos.

Con rapidez llevó la mano al revolver y perdió el miedo y los temores ya no fueron un tormento. Apuntó ante el asombro del guarda-

espalda que ya había notado su sospechoso comportamiento.

Ahora sí. Te fuiste tiste.

Rigoberto supo que había acertado el primer tiro. Escuchó que le había pegado. Sus oídos, sus ojos, su cerebro, su corazón oyeron que había dado en el blanco. Un cazador nocturno sabe si la bala dio en la presa sin ir a verificar: *Oye* que acertó.

El torrente de adrenalina segregada por su médula le había quitado el miedo totalmente en el último instante. Mecánicamente jaló el gatillo cinco veces en tres segundos. Cuatro balas se alojaron en el cuerpo del presidente Somoza.

Ensimismado bajó el brazo, aun empuñaba el arma. Pasmado vio cómo su víctima se desplomaba, lo vio caer suavemente, lentamente.

Cumplí.

Rigoberto al ver herido a Somoza sintió la altivez provocada por ese momento único e irrepetible culminado con el triunfo imposible; lo embriagó el regocijo por la infinita satisfacción de haber cumplido una

misión, para él sagrada, mirando con euforia brotar sangre del cuerpo de Somoza.

Obnubilado por la emoción no se percató que el primer escolta del lado izquierdo, que desde momentos inmediatos lo tenía en su ángulo de observación, en dos zancadas llegó hasta él. Seguramente tampoco sintió el contundente golpe que le pegó en la frente con la pesada culata del fusil Garand, tan fuerte y certero que le desencajó la mandíbula, desprendió sus dientes e hizo saltar un ojo. Culatazo mortal. En el instante que recibió el culatazo quedó sin vida. Acto seguido alguien, exaltado y nervioso, inútilmente quiso rematarlo, le pegó un balazo en la cara que terminó de desfigurar por completo su irreconocible rostro.

Rigoberto no alcanzó escuchar el alarido de Rafael–*Rafa*--Corrales al reconocerlo. Con el rostro demudado por el terror gritó: *Es el poeta López*. Ni tampoco oyó el chillido de la elegante y estupefacta dama de la mesa presidencial: *Bruto, animal, mataste al presidente y a mí*. Murió sin escuchar palabras ni balazos, ni enterarse del pandemonio que se armó.

Once de la noche con 27 minutos y 18 segundos.

Desde que hizo el último disparo hasta que recibió el golpe mortal transcurrieron ocho

segundos. Ocho segundos tardó en llegarle la muerte que daba por segura. Ya muerto continuaron disparándole con armas de todo calibre. Los serviles simpatizantes pretendían vengar a Somoza ultimando a un muerto. Recibió cincuenta y cuatro balazos…ninguno le causó la muerte, murió antes por el culatazo. Somoza había recibido cuatro balazos, ninguno era de muerte, según los dictámenes médicos. Somoza tardó en morir ocho días, sus dolores los mitigaban con morfina. Rigoberto vivió ocho segundos desde que vació el tambor del revolver. Tal vez el brutal culatazo le causó dolor solo una fracción de segundo. O no sufrió. Quizás entró a la Nada sin dolor.

Rigoberto 54 balazos en su cuerpo. Somoza 4. Rigoberto murió a los 8 segundos; Tacho Somoza a los 8 días.

Somoza tenía 60 años y se preparó ese día para gobernar cinco años más. En la Convención para su proclamación la consigna era ***SOMOZA FOR EVER.*** Rigoberto tenía 27 años y se preparó psicológicamente para matar y morir ese día.

Había escrito a su madre:

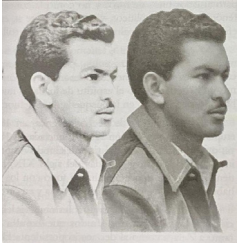
San Salvador, septiembre 4 de 1956.

Señora Soledad López.- León.

Mi querida madre: Aunque usted nunca lo ha sabido, yo siempre he andado tomando parte en todo lo que se refiere a atacar al régimen funesto de nuestra patria y en vista de que todos los esfuerzos han sido inútiles para tratar de lograr que Nicaragua vuelva a ser (o sea por primera vez) una patria libre, sin afrenta y sin mancha, he decidido ser yo el que inicie el principio del fin de esa tiranía.

Si usted se toma las cosas con serenidad y con la idea absoluta de que he cumplido con mi más alto deber de nicaragüense, le digo que me sentiré feliz, así que nada de tristeza y si usted toma las cosas como yo las deseo le estaré muy agradecido.

Su hijo que siempre la quiso mucho. Rigoberto.



FIN